

JAVIER SAGASTIBERRI

UN DIOS CIEGO



erein

UN DIOS CIEGO

32

cosecha roja

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

1.ª edición: mayo 2018

Diseño de la colección y portada:

Cristina Fernández

Maquetación:

Erein

© Javier Sagastiberri

© EREIN. Donostia 2018

ISBN: 978-84-9109-321-3

D.L.: SS-487/2018

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: erein@erein.eus

www.erein.eus    

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008 F 943 130 822

e-mail: edizioak@itxaropena.net

www.itxaropena.net

JAVIER SAGASTIBERRI

**UN DIOS
CIEGO**

erein

¿Para qué hostias te sirve la pasta si no sabes gustarla?

La reunión tuvo lugar en la oficina de siempre. Pero todo era mucho más viejo, casi decrepito. Los altos techos desconchados, la mesa rayada, daba pena verla. Y qué decir de don Celso, ochenta y cuatro años de mala baba, una calva redonda poblada de cráteres y de manchas color tabaco, las cejas espesas y la misma nariz bulbosa. El sobre me esperaba en la esquina de la mesa, deformado por los billetes de quinientos. Conté cuatrocientos. El mismo importe al final del trabajo.

–Ha de ser el jueves.

–Hecho.

Me acerqué por la espalda. Un tiro en la nuca y me alejé lentamente. Diez largos años sin empuñar un arma. Diez años pobre por amor a Laura.

Subimos hasta el quinto. La coloqué frente al museo. Cayó la noche y el Guggenheim se iluminó como una nave en llamas. Los ojos de Laura lloraron y parpadeó tres veces. Eso en nuestro léxico significaba “gracias”.

A Laura le diagnosticaron ELA dos años atrás. Ya sólo podía mover los ojos: abrirlos y cerrarlos. Antes de eso

impartía clases de arte. El Guggenheim la fascinaba. En plan guasa decía que si fuera rica lo compraría.

Aquel piso, que daba a la ría, estaba en venta. Lo visité: la vista era espléndida. Casi me sentí dueño del museo.

Cogí la mano de Laura y así permanecimos unas horas hasta que por fin parpadeó cuatro veces: eso significaba “ahora”. Apreté el cojín contra su cara. Cuando fui a cerrarle los ojos, observé que el museo se reflejaba en ambas pupilas. La dejé tal cual, propietaria al fin del Guggenheim.

Abandoné Bilbao sin mirar atrás. Más de uno pensará que la compra de aquel piso fue un despilfarro. Pero yo me digo: ¿Para qué hostias te sirve la pasta si no sabes gustarla?

Primer día desde la fuga: miércoles

—¡Putos inútiles! —exclamó la suboficial de la Ertzaintza Arantza Rentería cuando Xabier les comunicó que Uriah Heep se había fugado de la prisión de Basauri.

La oficial Itziar Elcoro intentó reprimir la angustia que todavía le producía acordarse de Uriah Heep. Le volvían a la mente escenas de las películas que encontraron en la casa de Plentzia donde Itziar conoció a aquel monstruo. Tenía razón Alex Redman, el oficial dublinés que les explicó los orígenes de Uriah. No parecía humano. Itziar no sabía si considerarlo un duende maligno, un leprechaun, como sostenía el irlandés, pero cada vez le costaba más considerarlo un miembro de su propia especie. No podía apartar de su mente su figura, que venía asociada a las experiencias de muerte que desde entonces la perseguían. Recordaba vívidamente su cara, esa horrible cara de viejo en un cuerpo de niño, que descubrió cuando él volvió la cabeza e Itziar se percató de que la llamada de auxilio, que ella creía que provenía de un niño, no era más que una trampa que casi acaba con su vida. Uriah no medía más de un metro cuarenta y era extremadamente delgado. Siempre vestía vaqueros, con zapatillas deportivas y cazadoras

de colores vivos, de tal manera que observado desde lejos parecía un niño de diez años muy rubio, casi albino. Pero esa impresión se desvanecía en cuanto se observaba su rostro. Era una cara que parecía de pergamino, en la que destacaban unos ojos grandes, de un azul desvaído, sin expresión, que te miraban con fijeza y que desde el principio repelieron a Itziar. La ausencia de cejas y pestañas reforzaba la impresión de que detrás de aquellos ojos jamás debías esperar un sentimiento de piedad o de cariño. La boca, circundada de arrugas, también provocaba repulsa y todavía era peor cuando hablaba con una voccecita infantil que te quería convencer de que estabas ante un niño, una persona humilde y cariñosa, amable y algo infantil, que solo buscaba jugar con sus víctimas.

Xabier Arcelus, el jefe de la Unidad de Investigación Criminal, había citado a Arantza e Itziar en su despacho para comunicarles la noticia.

–¿Cómo cojones ha podido escapar? –preguntó Arantza–. ¿No dejamos claro que se trataba de un tío muy peligroso, aunque tuviera esa pinta de muñequito? ¡Vaya zoquetes!

–Bueno, Arantza –respondió el jefe, quien enseguida perdía la paciencia con su subordinada–, no se trata de despotricar contra los compañeros, no os he llamado para eso.

–Vale, perdón. ¿Para qué coño nos has llamado entonces?

–Creo que es importante hablar con Alex Redman.

–El experto mundial en Uriah Heep. No sé cómo un tío tan grande le tiene tanto miedo a ese esmirriado.

Itziar sonrió al recordar al coloso irlandés. El comisario Redman era apenas más alto que ella. No mediría más de un metro ochenta, pero la guipuzcoana le calculaba unos ciento veinte kilos de puro músculo. A Itziar le cayó bien nada más conocerlo. Su cabeza redonda estaba totalmente rapada y sólo se adivinaba que era pelirrojo por unos pocos pelos que escapaban de los agujeros de la nariz. También como Uriah, tenía unos ojos azules muy claros, pero su mirada sí que parecía la de un auténtico niño, todavía capaz de creer en duendes. Y Arantza tenía razón en una cosa: nadie sabía más sobre Uriah Heep que Alex Redman.

–He concertado una videoconferencia con Alex para dentro de diez minutos.

–Pues ya puedes ir llamando a Alvaro, porque entre nosotros tres no somos capaces de ir más allá de *my taylor is rich*.

En ese momento, Álvaro Olabe entró en el despacho. Álvaro trabajaba en la Unidad de Delitos Informáticos y era uno de los pocos que podía comunicarse con el dublinés, que hablaba un inglés con un acento muy marcado.

La cara amigable del comisario Redman les sonrió desde la pantalla.

Tras el habitual intercambio de saludos, dificultado por el hecho de que todo debía ser traducido por Álvaro,

el rostro del irlandés se llenó de angustia y soltó una parrafada ininteligible, pero que sonaba totalmente amenazadora. Itziar sólo pudo entender que el coloso hablaba sobre todo para Arantza. Esta también se percató de ello y pidió explicaciones a Álvaro, una vez terminada la videoconferencia.

—Arantza, Alex teme por tu vida. Dice que tenéis que extremar las precauciones, sobre todo tú, pero también Itziar. Recuerda que vosotras le jodisteis la vida y tú, además, le has dejado una pierna inútil. No te perdonará, eso seguro.

—Bueno, lo de la pierna no sabemos si es cierto o ha sido sólo un truco. Según nos han informado en Basauri, desde que entró en la cárcel no ha hecho más que quejarse de la herida, pero acaban de descubrir en su celda todos los analgésicos que le daban para intentar calmarle el dolor que tanto le molestaba.

—¿Cómo se ha escapado? —preguntó Itziar.

—Parece que llevaba varios días sin dejar dormir a nadie, quejándose con esa voz de niño que tiene. Y la herida seguía presentando un aspecto horrible. Por ello decidieron trasladarle a Basurto.

—Y seguro que no le pusieron ni las esposas. Mira que les dije que para acercarse a él debían inmovilizarle como a Aníbal el caníbal.

—Así es; aunque estaban avisados, parece que los que se ocuparon del traslado eran nuevos. Ya sabes, andan

despidiendo a los veteranos para ahorrar presupuesto, y estos nuevos fueron engañados por su aspecto infantil. Lo han pagado bien caro. Les rebanó el cuello con un plástico rígido que había robado en el comedor y afilado en secreto. Huyó con el furgón, pero éste ya ha sido encontrado en Bilbao, cerca del puente de San Antón. Y nadie lo ha visto desde entonces.

—¿Y qué más ha dicho el gallina de Alex?

—No jodas, Arantza. Esto hay que tomárselo en serio.

—Vamos a por él, entonces.

—De eso quería hablaros. Ni tú ni Itzi vais a participar en su búsqueda. Estamos seguros de que no parará hasta vengarse de vosotras.

—Pues ahí lo tienes, utilízanos como cebo.

—Arantza, ni se te ocurra. Estaréis informadas en todo momento y estaréis siempre acompañadas por otros compañeros. Hemos pensado en Iñigo y Jon, si os parece bien.

—Vale.

Itziar no acababa de creerse que su compañera fuera a conformarse de forma tan pacífica con la solución del jefe. Decidió vigilarla de cerca para impedir que actuara por su cuenta.

Por lo que había contado Alex, Uriah Heep no abandonaría Bizkaia hasta acabar con ellas dos. De eso estaba seguro: nunca dejaba un trabajo a medio realizar y además le gustaba terminarlo personalmente. Itziar no pudo

evitar visualizar de nuevo las películas que encontraron en Plentzia, en las que se veía a Uriah disfrutando enormemente con las torturas de aquellos pobres niños. Estaba segura de que no iba a parar. Y sabía que si las atrapaba, les esperaba una muerte lenta y dolorosa. También sabía que detrás del desparpajo de Arantza se ocultaba una preocupación semejante, aunque nunca lo confesaría. Arantza era su mejor amiga pero jamás le había dejado conocer su interior y eso que lo había intentado numerosas veces. Pero Arantza siempre cerraba sus puertas y sólo dejaba un brillante acabado a la vista. Itziar imaginaba vivencias atroces en la vida de su compañera y una herida que jamás podría cerrarse: sólo había que sentir la furia que le asaltaba cuando les tocaba investigar cualquier abuso o violencia contra niños o mujeres. Cuando perseguía a ese tipo de delincuentes Arantza siempre parecía más una letal vengadora que una profesional de la Ertzaintza.

* * *

Tras la conversación con el jefe, las dos guipuzcoanas abandonaron la Central de Erandio. Arantza condujo su Golf negro hacia Bilbao con la idea de dejar a su amiga en la plaza Moyua.

—Oye, Itzi —dijo, mientras conducía— eso de tener a Iñigo y a Jon de escoltas me parece la típica chorrada de Xabier.

—Sabía que no te ibas a conformar fácilmente.

–Puedo entender que no nos ponga a nosotras a perseguir a Uriah. Pero sabemos cuidarnos solas.

–¿Y qué le decimos?

–Pues que mejor nos ponga de escoltas a Ricardo y a Alfonso. Son tan torpes que cuando queramos nos libramos de ellos.

–Lo podemos intentar.

–Y así Iñigo y Jon participan en la persecución y podemos ayudarles. Bueno, hemos llegado.

Itziar bajó a la altura del hotel Carlton y se encaminó hacia su casa. Nadie la esperaba a comer, pues aunque ahora tenía pareja, la verdad es que se veían bien poco. El capitán Paco Medina era serio y de pocas palabras, pero Itziar estaba encantada con él. Prácticamente era lo único positivo que le había ocurrido en el último año y veía que su relación, la relación de dos tímidos y serios policías, podía funcionar. Paco se había revelado como un auténtico romántico. Tras solicitar unos meses de excedencia en la UCO, se había internado en un baserri de Amorebieta. Decidido a abandonar la Guardia Civil, pensaba presentarse a las próximas oposiciones de la Ertzaintza, y para ello le convenía tener al menos el perfil dos de euskera. Itziar estaba encantada, pero esa decisión de su novio aplazaba el momento de su vida en común, y tenía un cierto temor a que llegara ese día; no era lo mismo quedar con él de vez en cuando en un viaje de dos o tres días que vivir en el mismo piso y compartir trabajo. Temía que aquello se

estropeará por el excesivo roce, pero Paco estaba convencido de que no iba a ser así y por eso había apostado tan fuerte. De momento ella se dejaba querer y era feliz así, pero era incapaz de evitar una sombra de duda. Y echaba de menos sincerarse con alguien, pero no imaginaba a Arantza como confidente; sabía que si le contaba sus dudas y temores su amiga reaccionaría de forma brusca y ella se sentiría herida. Por eso, se lo tragaba todo, como había sido habitual en su forma de comportarse.

Segundo día desde la fuga: jueves

El teléfono sonó mientras Itziar se duchaba. Eran las ocho de la mañana de un jueves de Octubre. La ertzaina había desayunado un plátano y unas nueces, con un zumo de naranja y un café, y la ducha terminó de despejarla. No llegó a tiempo de coger el móvil, pero vio que era Begoña, la secretaria de Xabier. Se apresuró a devolver la llamada mientras contemplaba la calle Iparraguirre desde la ventana. Era un día oscuro y húmedo, pero la actividad en Bilbao era ya visible. Ante el semáforo en rojo esperaban peatones que observaban con impaciencia la larga cola de coches que se interponía en su camino.

–Begoña.

–Sí, Itzi, ¿estás viniendo para aquí?

–No, todavía estoy en casa.

–Vete entonces para Hurtado de Amezaga, hasta la estación de Abando. Ha habido un tiroteo.

–¿Cuándo?

–Hará unos veinte minutos. Arantza ya está avisada. La he pillado saliendo de Sestao, o sea que estará allá en un momento.

–¿Hay muertos?

—No sabemos nada. Han avisado los municipales. Xabier dice que toméis el mando.

Itziar se vistió rápidamente, intentando tranquilizarse. Llevaba ya casi veinte años trabajando en investigación criminal, pero todavía no se había acostumbrado. Cada vez que debía enfrentarse a una muerte violenta le invadía una especie de fatalismo. Sabía que durante la investigación asistirían a momentos muy duros que les harían plantearse, no una vez sino muchas, el sentido de todo esto: levantarse por las mañanas, trabajar, divertirse, confiar en los demás. Pero a pesar de ello su trabajo la apasionaba. Era como construir un complicado rompecabezas, en el que trabajaba en equipo para devolver al mundo a un nuevo equilibrio, aunque fuera precario, ya que a un caso le sucedía otro y casi siempre acababan experimentando el absurdo y la injusticia del mundo que intentaban preservar.

Observó que la lluvia era ligera, por lo que decidió prescindir del paraguas y se cubrió con el chubasquero de tipo marinero que había comprado hacía un año en Getaria.

Al salir a la calle el frío sirimiri le golpeó el rostro, pero no le importó. Con paso ligero se encaminó hacia la estación de Abando. Serían las ocho y media cuando cruzó Alameda de Urquijo. Se acercó por la trasera de El Corte Inglés y observó, a unos cien metros aún, las luces intermitentes de los furgones policiales y el gentío que rodeaba

a sus compañeros. A pesar de la lluvia, nadie quería perderse aquel acontecimiento. Tuvo que empujar para hacerse hueco y acercarse a los municipales para poder identificarse. Vio a Arantza a dos metros de un bulto en el suelo que nadie se atrevía a tocar. Los guardias gritaban y amenazaban a la gente, que se esforzaba por aproximarse al cadáver. Muchos empuñaban el móvil e Itziar imaginó que habría ya multitud de fotos en las redes sociales.

–Kaixo, Arantza.

–¿Qué tal, Itzi? ¿a que no sabes quién es?

–¿Lo conocemos?

–Pérez de Martingala, Borjita. ¿Te acuerdas?

–¡Joder!

Borja Pérez de Martingala. ¿Cómo iba a olvidarlo? Abogado penalista, un pijo de Neguri, amigo de Nacho González. Lo habían conocido durante la investigación del asesinato de la reina eslava, hacía tres años escasos. Lo recordaba: alto, rubio y elegante, un treintañero que anunciaba a gritos que iba a comerse el mundo. Y ahora lo encontraba tendido boca arriba, con los ojos abiertos lavados por la lluvia.

–Tenemos un testigo.

Una mujer pequeñita, peruana o boliviana, que agarraba con fuerza un bolsito negro, las miraba con ojos oscuros y asustados.

–Vino por detrás –comenzó la mujer, a la que temblaba la voz–. El señor y yo esperábamos a que el disco

cambiara y de repente una explosión a mi lado. Y el caballero cayó para atrás y se quedó como está, ya lo ven, más muerto que mi abuelo.

Imaginó la escena. Siete y media de la mañana. Todavía de noche y lloviendo. Sólo ellos dos esperando en el semáforo. Justo detrás, la entrada a la estación de RENFE. Tendrían que mirar si había cámaras funcionando.

—Señora, por favor, sé que es duro, pero es importante —dijo, agarrando la mano de la mujercita—, el disco estaba rojo y ustedes estaban esperando a que se pusiera verde. Por lo que he entendido, estaban ustedes solos.

—Sí, mojándonos. Yo miraba al señor de reajo, era alto y elegante. Más que mi señor. Me gustaba mirarlo. Así olvidaba la lluvia.

—Y enfrente, ¿había alguien esperando?

—No, seguro que no. Sólo estábamos nosotros dos. Y el asesino vino por detrás. Eso lo puedo jurar.

—¿Sabe de dónde venía? ¿Salió de la estación?

—No sé, me lo imagino, pero eso no lo podría jurar ante Dios.

—¿Y qué pasó?

—Ya se lo he dicho a ustedes. Una explosión y el señor cayó. A mí casi me da un ataque. Me aparté como si me atacara un perro rabioso.

—¿Y no vio al asesino?

—Muy mal.

—Era un hombre, supongo.

–Sí, eso sí. Así sólo matan los hombres.

–¿Vio la pistola?

–No, para mí fue como una bomba, una explosión. Y él cayó como en las guerras.

–Usted se apartó. Pero seguro que algo recuerda del hombre que vino por detrás.

–No, no, nada.

–¿Era alto o bajo?

–Eso sí, alto como él –dijo, señalando al muerto–. Pero parecía más, porque llevaba sombrero.

–¿Qué tipo de sombrero?

–No sé, oscuro, elegante.

–Y llevaría gabardina.

–Sí, creo que sí.

–Y luego, ¿hacia dónde huyó?

–No huyó. Se fue caminando lentamente, con las manos en los bolsillos. Yo grité, pero no se volvió.

–No le vio la cara.

–No, pero parecía guapo.

–¿Y el pelo?

–Creo que oscuro, como el sombrero.

–¿Y hacia dónde se fue?

–Entró en la estación. Y ya no lo vi más. Me puse a gritar y entonces vino ese chico y me ayudó a levantarme.

–¿Cuándo se cayó?

–No recuerdo. Quizás con la explosión.

El chico al que se refería la mujer tendría unos dieciséis años. Itziar se dirigió a él. El chaval parecía asustado, pero al mismo tiempo en sus ojos se reflejaba el entusiasmo que sentimos todos cuando somos protagonistas de algo importante. Itziar imaginó que adornaría el suceso ante sus amigos del colegio. Pero ahora fue incapaz de aportar ninguna información relevante. Casi seguro que se cruzó con un hombre al salir de la estación. Venía de comprar un bollo en la tienda del fondo. No se fijó en el hombre. Sólo pudo decir que era alto y vestía de oscuro. Ni siquiera recordaba el sombrero. Él se fijó sobre todo en la mujer que gritaba y en el bulto en el suelo. No se atrevió a tocar el cadáver, o al menos eso dijo. De todas formas, le tomarían las huellas para descartarle, por si lo que afirmaba no era cierto.

—Hola Itzi, ¿qué tenemos aquí? —saludó Antxe, de la Policía científica, quien acababa de llegar con Amaia. A Itziar le encantaba trabajar con las dos primas, inteligentes y con gran experiencia. Su intervención había resultado decisiva en casos anteriores, como el de la reina eslava y el asesinato de Martín Etxeburu en Mungia. Arantza les tomaba mucho el pelo, pero ellas no se arrugaban y podía decirse que las cuatro eran grandes amigas, además de compañeras.

—Bueno, ya sólo faltan Iñigo y Jon, nuestros escoltas —dijo Arantza.

A Itziar le sorprendió el retraso de sus compañeros, pero no hizo ningún comentario.

Amaia y Antxe empezaron a hacer su trabajo en busca de pruebas. Faltaban por llegar el juez y el médico forense. Eran casi las diez de la mañana y todavía no habían podido tocar a la víctima.

—Arantza, ¿qué te parece si nos acercamos al despacho de Borja? No está muy lejos y aquí ya pintamos poco.

—De acuerdo, vamos a darnos un baño de pijos.

* * *

Las ertzainas caminaron con determinación hacia el Edificio Albia, donde sabían que Borja tenía un despacho con otros penalistas. Cruzaron la Gran Vía, llena ya de gente que entraba y salía de las cafeterías o se disponía a visitar los grandes almacenes. No faltarían ni dos minutos para que abriera El Corte Inglés y las diversas tiendas del grupo Zara.

Al llegar al Edificio Albia les costó dar con el departamento exacto donde se localizaba el despacho del penalista. En el panel de la entrada no aparecía su nombre.

—¿No estaba en el cuarto piso? —preguntó Arantza.

—Sí, pero no lo veo. Aunque igual es este.

Señaló un letrero en el que aparecía el nombre de “O’Connor y asociados”.

—Creo que antes era “O’Connor y Pérez de Martingala”.

—No sé, vamos a ver qué cuentan.

Al salir del ascensor, Itziar observó una gran puerta de madera a la derecha, con una gran placa, en la que se leía “O’Connor y asociados, abogados penalistas”.

Abrió la puerta una rubia tan alta como Itziar, que con una sonrisa profesional las condujo a una sala de espera con unos sofás de cuero negro brillante y una mesita de centro con la prensa del día.

—¿Te has fijado? Todas las rubias de Bilbao trabajan en este edificio. Hay que joderse.

Arantza tenía razón. En Bilbao tampoco había tantas rubias y todas parecían trabajar allí.

Acudió un hombrecito de unos cuarenta años, que se presentó como Abelardo Formica, abogado asociado de la firma. Tenía el cuello largo y delgado y movía compulsivamente los hombros en una especie de tic nervioso.

—Ya pueden perdonar. El señor O’Connor no suele venir tan temprano.

—El caso es que esperábamos encontrarnos con la firma “O’Connor y Pérez de Martingala”.

—Ya, entiendo. El señor Pérez de Martingala ya no trabaja aquí.

—Pero, ¿no eran socios?

—Sí, pero hubo algunas desavenencias entre ambos y el señor O’Connor le rogó que se fuera. Una pena, porque tengo entendido que iba a sucederle en la firma. Al parecer, el padre de don Borja, que en paz descansa, era muy amigo del señor Patricio O’Connor.

–Tuvo que hacer algo muy gordo nuestro amigo Borja para llegar a eso, imagino –comentó Arantza.

Itziar esperó. Estaba claro que aquel sujeto acabaría contando todos los trapos sucios. Daba el tipo, sólo había que verle los ojos, que movía con nerviosismo de una a otra ertzaina, para acabar mirando al suelo. Era un hombre lleno de tics, con ganas de contar historias ajenas. Tras un corto silencio, se decidió.

–La verdad es que sí fue gordo, según tengo entendido. Yo todavía no trabajaba aquí, pero la historia ha sido muy comentada. Lo que voy a decir es altamente confidencial y sólo se lo cuento porque son policías y sé que les ata el secreto profesional.

–No se preocupe –dijo Arantza– lo que usted cuente no saldrá jamás de nuestros labios. El señor O’Connor tiene que estar orgulloso de tener un empleado tan discreto.

Abelardo miró a Arantza con desconfianza, pero fue incapaz de reprimirse.

–Parece que el señor Pérez de Martingala no sabía separar el trabajo del placer. –A Abelardo se le escapó una risita.

–Cuenta, cuenta, que estoy en ascuas.

–Era aficionado a meterse, ya me entienden –contestó Abelardo, colocando los dedos de la mano derecha debajo de la nariz, a la vez que absorbía un polvo imaginario.

–Pero bueno, eso es normal en este trabajo, según creo.

–Ya, pero el señor O’Connor le pilló una tarde desnudo con dos secretarias encima, y la harina esparcida por toda la mesa.

–Rubias las secretarias, imagino.

–¿Cómo lo ha adivinado?

–Experiencia profesional. ¿Y qué hizo el jefe?

–Los despidió a los tres.

–Y contrató a otra rubia, por lo que veo.

–Y a mí.

–Y será usted de absoluta confianza. La verdad es que no me lo imagino con una rubia encima.

Abelardo se tomó la observación como un halago. Itziar intentó mantenerse seria. Sacó una tarjeta y se la mostró al empleado.

–Mire, aquí tiene mi número. Dígale a su jefe que nos llame y concertaremos una entrevista. Necesitamos conocer la vida profesional de su ex socio y en eso creo que usted no podrá ayudarnos.

Itziar se levantó y Abelardo les acompañó a la puerta.

–¿No sabrá usted dónde tiene el despacho actualmente?

–Creo que está cerca de Zabalburu. La verdad es que don Borja podría decirse que iba cuesta abajo. No sé dónde acabará ese chico.

Itziar decidió ocultarle la noticia.

* * *

Quince minutos más tarde se encontraban de nuevo en la escena del crimen. Itziar observó que por fin los municipales habían conseguido imponer el orden. La calle estaba cortada y se había acordonado un espacio suficiente, que comprendía hasta la entrada al edificio de la Renfe y llegaba hasta el semáforo de la acera de enfrente. El cadáver seguía tendido en la acera, pero el forense estaba examinándolo. Amaia se acercó.

—Tenéis permiso del juez para examinar sus documentos personales —dijo, alargándoles la cartera.

—¿Alguna novedad?

—Sólo una importante: hemos encontrado el casquillo. Casi seguro que ha sido un único disparo. Creo que estamos ante una Glock semiautomática. Parece labor de un profesional. No esperamos encontrar mucho más. Estamos examinando las cámaras de la estación, para ver si huyó en metro o en tren, o salió por otra puerta. Algo me dice que va a ser esto último. Muy profesional. Un encargo.

—¿Tenemos asesinos profesionales en Bizkaia?

—Creemos que no. Habrá venido de fuera y ya estará lejos de aquí.

—¡Joder! ¡Vaya putada! ¿Y no lo ha visto nadie más? —exclamó Arantza.

Itziar no contestó. Estaba más interesada en la cartera. Un abogado penalista en caída libre tendría más de un enemigo.

—Arantza, el despacho lo tiene aquí cerca, en Hurtado de Amezaga.

—Vale, tienes razón; vamos para allá a ver si nos abre la puerta otra rubia.

El despacho estaba en el cuarto piso de un bloque de oficinas cerca de Zabalburu. El pasillo que recorrieron hasta el departamento estaba sucio y poco iluminado. Olía a lejía y a humedad. En la puerta un cartel indicaba que estaban ante el despacho del penalista.

Abrió la puerta una rubia muy elegante, que desentonaba en aquella oficina mugrienta, posiblemente fuera una de las dos que O'Connor encontró encima de su socio.

—¿Sí? ¿Qué desean?

—Somos ertzainas y queríamos hablar con usted.

—¿Conmigo? Mi jefe aún no ha llegado y empiezo a estar preocupada.

¿Cómo comunicar una muerte, así, de repente? Itziar odiaba esta parte de su trabajo.

—Me temo que hemos de comunicarle una mala noticia.

El labio de la rubia empezó a temblar.

—¿Qué ha pasado?

—Ha aparecido cerca de aquí. No ha sido posible salvarlo.

—¿Un accidente? ¿Un ataque?

—Posiblemente un tiro.

La rubia se desplomó antes de que Itziar pudiera impedirlo. La arrastraron hasta un sofá de tela raída de un verde claro. Cuando despertó le dieron un vaso de agua.

–Tranquila. No intente hablar todavía.

–Pero ¿cómo ha sido? ¿Quién puede haber hecho eso?

–Para eso hemos venido. Tenemos permiso del juez para registrar el despacho –Itziar mostró la orden–. Podemos llevarnos el portátil, agendas personales o profesionales y cualquier documento que pueda ayudarnos a encontrar al asesino. Pero primero nos gustaría hacerle algunas preguntas, si es que está ya recuperada, señora.

–Elena, mi nombre es Elena.

–Elena, para nosotras es de la máxima importancia que usted nos cuente cualquier cosa que le venga a la cabeza y que pueda estar relacionada con la existencia de posibles enemigos de su jefe. Porque era su jefe, supongo.

–Sí, bueno –Elena se ruborizó y sonrió– sí era mi jefe. Pero también teníamos una relación, ustedes entienden, aunque él era casado.

–¿Le conocía hacía mucho?

–Nos conocimos en el despacho anterior, yo era la secretaria de don Patricio O’Connor y simpatizamos enseguida.

–Ya ¿Qué puede contarnos de la relación con su antiguo socio?

La rubia se quedó en silencio, reflexionando.

—¿Han estado ustedes con él?

—Todavía no.

—Porque ahí tienen un sospechoso. Y no hagan caso de lo que les cuente. No hubo ningún escándalo, nada de nada. Borja es un caballero.

—¿Qué pasó entonces?

—Pues miren ustedes, los celos de un viejo. Que conste que yo con don Patricio no tuve ninguna aventura —Elena reflejó en su cara el asco que sentía al recordarlo—. Pero no porque él no quisiera. Y cuando se enteró de que Borja y yo simpatizábamos, no paró hasta que consiguió echarnos. Y el pobre Borja no conseguía ningún trabajo decente. Que si era un drogata, que si era proxeneta, que si era un vicioso. Don Patricio no paró hasta que consiguió desacreditarlo ante todo Neguri. Y a pesar de todo, les digo que no estaba tranquilo; perfectamente pudo haber encargado a alguien que lo matara. —Elena comenzó a llorar.

—¿Cómo sabe que ha sido un encargo?

—¿No lo han dicho ustedes? Hombre, no imagino a don Patricio estrangulando a nadie. A pesar de estar loco era un caballero.

—Ya. Un caballero —Arantza se levantó del sillón y se acercó a la mesa de trabajo de Borja. Itziar observó el departamento. Constaba de dos piezas. A la entrada había un pequeño mostrador donde Elena aguardaba la llegada de los clientes y atendía el teléfono. Enfrente estaban los sillones verdes, viejos y raídos. La mesa de Borja, que se veía

a través de la puerta abierta, no tenía casi documentos a la vista. No parecía un despacho boyante. Don Patricio estaría satisfecho. ¿O quizás no?

Arantza abrió uno de los cajones y encontró una agenda tamaño folio, de plástico negro.

–Esto nos lo llevamos. ¿Dónde está el portátil?

–Borja lo guarda en el armario –Elena volvió a llorar–. Bueno, lo guardaba.

–Ha dicho que su jefe estaba casado. ¿No pensaba divorciarse?

–No se atrevía. Decía que la víbora de su mujer le quitaría lo poco que le quedaba. Ahí tienen ustedes otra sospechosa.

–Desde luego –comentó Arantza, una vez que hubieron abandonado el despacho– si la dejamos, esta Elena nos resuelve el caso ella sola. No parece que sea quien haya encargado su muerte ¿verdad?

–Pero sí he visto algo raro cuando nos contaba su versión sobre las desavenencias con O’Connor. No acabo de creerla. Es importante que hablemos con el socio.

–Pero eso lo dejamos para mañana. Hoy creo que cumplimos con visitar a la mujer.

–Vale –dijo Itziar con desgana. Otra labor desagradable: comunicar la noticia a la viuda.

* * *